

## Reflexiones sobre el sector informal

**BÉJAR, HÉCTOR**

Para nuestras sociedades la informalidad no es un hecho nuevo. El autor de este artículo sostiene que ella ha sido mas bien consustancial a la forma que adoptó nuestra evolución económica. Lo nuevo - dice - es la hipertrofia de la informalidad y los cambios que ella ha generado dentro del desarrollo capitalista de nuestros países subdesarrollados. El autor, partiendo del hecho de que el sector informal es una realidad compleja que se presta a juicios valorativos diferentes y contradictorios, intenta dar una visión integral que va más allá de las interpretaciones económicas o legales con que se suele analizar este fenómeno.

**Héctor Béjar:** Periodista peruano. Investigador del Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación (CEDEP). Premio Casa de las Américas con "Perú 1965: una experiencia guerrillera"; asimismo, entre otras obras es autor de "La revolución en la trampa" y coautor de "Organización campesina y reestructuración del Estado".

Para entender el denominado sector informal hay que ver en él no sólo un sector económico urbano, sino un conglomerado social que habita las ciudades y las zonas rurales. No sólo una realidad novedosa, sino la proyección de algo que ya existía en el pasado.

En los centros urbanos, los microempresarios ejercen gran variedad de actividades económicas. Comercian en las calles vendiendo directamente a los consumidores, pero también venden a los almacenes e industrias del sector formal; viven en las poblaciones marginales pero, en ocasiones, también avanzan hacia los barrios de clase media. Son migrantes en su mayoría y se supone que al tiempo de construir una nueva economía, también construyen una nueva vida en la ciudad.

Los estudios disponibles en América Latina apenas si tocan la superficie de este gran cajón de sastre. La misma denominación "informal" alude a una oposición con otro

sector, el "formal", pero no a características precisas. No podremos tener una visión aproximada de quiénes son si no sabemos de dónde vienen, a quién venden, dónde y cómo viven, qué piensan y cómo reaccionan frente al sistema que los acoge... o discrimina. Es decir, si no tenemos una visión integral sobre ellos, que sobrepase las visiones sesgadas por las interpretaciones económica o legal que por ahora tenemos.

La interpretación económica sobre el sector informal toma en cuenta predominantemente la relación capital-trabajo, en que las microempresas están caracterizadas por una mínima inversión de capital y una máxima de fuerza de trabajo.

La interpretación legal parte del señalamiento de las barreras que la organización formal de la sociedad opone a la inscripción y autorización de las microempresas nuevas.

Para la primera, el objetivo primordial es que los informales puedan tener la capacidad de capitalizar sus empresas y obtener mejores ingresos. La segunda persigue, sobre todo, la inclusión de las microempresas en la red institucional del sistema.

Lo primero que surge a nuestra apreciación son las enormes dimensiones de este conglomerado. Si estamos de acuerdo en que el sector informal no sólo es urbano, sino también rural, entonces debemos ir sumándole muchos elementos, microindustriales, pequeños grupos dedicados a servicios diversos, comerciantes callejeros y de los otros, transportistas, prestamistas, artistas callejeros. Si nos referimos al campo, la lista no es menos larga: minifundistas, trabajadores temporeros, acopiadores, vendedores de insumos diversos, habilitadores de dinero, vendedores de ferias rurales, etc. Aquí está, cuantitativamente, la mayoría de pobladores de nuestros países.

### ■ Fronteras confusas

Hay también un problema de delimitación de fronteras entre el sector moderno o formal y el informal. El sector moderno es el que usa tecnologías "de punta", que

generan mayor rentabilidad. El sector informal usa tecnologías atrasadas, o adecuadas, en niveles que no garantizan sino la rentabilidad mínima para subsistir. Las fábricas clandestinas instaladas en las poblaciones marginales son informales sólo en la medida que no tienen licencia de funcionamiento ni pagan impuestos. Pero pertenecen al sector moderno porque usan maquinaria y tienen una rentabilidad más alta. Hay microempresas informales que están estrechamente vinculadas con las empresas formales, proveyéndolas de insumos y partes, tanto como hay comerciantes informales que venden la producción del sector formal.

Ambos sectores se confunden y entrecruzan en sus relaciones, pero también se contraponen cuando los comerciantes callejeros hacen competencia ruinosa a los comerciantes establecidos; o cuando los contrabandistas informales contribuyen a la ruina de las industrias nacionales.

Todo este entrecruzamiento amortigua las distancias entre ambos sectores desde el punto de vista económico, pero no disminuye la discriminación cultural de las clases medias urbanas y occidentalizadas contra los migrantes rurales. La informalidad es usada por éstos últimos como una forma de penetración, invasión e instalación en una cultura que les es ajena, hostil y extraña.

Nuestras sociedades siempre tuvieron informalidad. Esta no es un fenómeno nuevo, sino mas bien consustancial a la forma que adoptó nuestra evolución económica a partir del momento en que la conquista, el coloniaje y la dependencia nos impusieron un modelo de crecimiento que no estuvo centrado en nuestra historia, necesidades y recursos. Lo que es nuevo es la hipertrofia de la informalidad, las dimensiones elefantiásicas que ella viene alcanzando y los cambios que su presencia opera dentro de la evolución capitalista de nuestras sociedades; el sello que impone a nuestro subdesarrollo.

Así, por ejemplo, en el ámbito del conjunto de la sociedad, la informalidad opera como un marco referencial que disminuye las contradicciones y conflictos entre la clase obrera y el sector patronal, característicos de las sociedades capitalistas tradicionales, hace que se pierdan en el mar del resto de las contradicciones sociales y abre una situación nueva llena de incógnitas.

La presencia del sector informal arrastra un vasto caudal de consecuencias. Introduce la presencia de nuevos factores sociales en nuestros países. Reduce el ámbito de la organización obrera y su gravitación en el resto de la sociedad. Disminuye la fuerza del movimiento sindical para hacer reclamaciones, puesto que crea tanto una oferta competitiva de fuerza de trabajo como una alternativa práctica - y hasta quizás atractiva - a la desocupación e, incluso, a la ocupación formal. Aumenta la incertidumbre e inseguridad en el futuro de vastos sectores de la población y su propia confianza en acciones solidarias de vastos alcances, en la medida que convierte todas las posibilidades en flexibles y obliga a cambios de ocupación de una frecuencia en el tiempo incomparablemente mayor a los hábitos de nuestras sociedades tradicionales, en que cada quien tenía más o menos fijado su lugar en la sociedad.

El informal arriesga y se juega sus utilidades y trabajo todos los días. Para él no hay salario mínimo, ni jornada de trabajo, ni jornal semanal, ni seguro social. Debe ser rápido para decidir, agresivo, y estar dispuesto a cambiar de ocupación y seguir las condiciones del mercado.

Por tanto, hay complementariedad con el sector capitalista moderno, pero competencia con el sector sindical obrero. Una situación ciertamente ambigua que explica la manera compleja en que evolucionan las sociedades latinoamericanas.

Quienes creen que los informales de nuestros países subdesarrollados pueden ser comparados con los pioneros de los comienzos del capitalismo, olvidan que ahora ya hay capitalismo; y que por cada informal que logre hacer su empresa rentable siempre habrán muchos que sólo pueden producir su pobreza, porque las ubicaciones que permiten acumular riqueza en el sistema ya están ocupadas por los monopolios.

Sin embargo, la presencia y crecimiento del sector informal parece figurar entre los factores que explican que hasta hoy no se hayan producido confrontaciones sociales de mayor dimensión entre pobres y ricos, en nuestros países. El sector informal ofrece las oportunidades que ni la industria privada ni el Estado pueden dar. Opera a la vez como un seguro de desempleo que asegura por lo menos un salario menor del sueldo mínimo a los trabajadores que son expulsados del sector formal por la recesión; y como un gran sistema de capacitación para los migrantes que acuden a las grandes

ciudades. Dada la cantidad de mujeres que acoge, parece ser también un eficiente mecanismo para la incorporación de las mujeres hacia actividades fuera del hogar.

También es cierto que el sector informal evidencia la concentración de capital que existe en nuestros países y la posibilidad de acumular poder y riqueza que tienen sólo algunas empresas monopólicas de las finanzas, la industria y el comercio, mientras las microempresas sólo cumplen un rol marginal de supervivencia por sí mismas y complementariedad con el sistema.

Esta concentración es menos visible a la opinión pública que la concentración de la propiedad de la tierra, por ejemplo, pero conduce a un cuestionamiento más radical y trascendente del sistema. Se puede cambiar la tenencia de tierra sin transformar el sistema; pero no se puede cambiar la forma en que nuestros países acumulan riqueza en pocas manos sin alterar profundamente todo el sistema socioeconómico, es decir, sin abrir las puertas a una profunda revolución económica y social.

### ■ **La informalidad: un reto múltiple**

Una visión integral del sector informal nos lleva entonces a plantearnos al mismo tiempo la cuestión del empleo; la distribución del capital en la sociedad; la acumulación de riqueza por unos pocos; la reproducción de la situación de marginalidad y pobreza por parte de las microempresas, y la acumulación de riqueza y poder en la pequeña parte oligopólica del sector moderno.

Ello nos lleva también a replantearnos los objetivos y el estilo de los programas de promoción del sector informal. Sin discutir los beneficios que llevan a los microempresarios la mayor parte de dichos programas, proporcionándoles acceso al crédito y a la capacitación empresarial, tenemos que preguntarnos si es posible la conversión de empresas informales en formales por la vía de la inyección de recursos financieros, y si un capitalismo formal puede ser generado de manera deliberada y masiva.

Puede haber un alivio transitorio de la pobreza y un incremento de los ingresos de ciertos sectores; pero una solución global sólo puede venir por la vía de la

transformación total y la democratización del sistema financiero de nuestros países, diseñado hoy para captar y utilizar los depósitos de considerables sectores de la población en beneficio de los oligopolios.

Quizá una vaga percepción de lo anterior este conduciendo la actitud política de los informales por caminos sorprendentes. Podría esperarse de ellos una actitud mas bien conservadora del sistema, por la afirmación de la propiedad y expectativas individuales de progreso más o menos egoísta que los caracteriza. Pero esto no siempre ha sucedido así. En Perú, por ejemplo, luego de un período en que la población de barrios marginales votó por candidaturas de derecha, a partir de 1979, ya van cuatro procesos electorales en que los barrios pobres de Lima votan por los programas reformistas y progresistas del APRA y la Izquierda Unida (IU).

Lo que puede estar pasando es que son varios los factores que operan sobre la conciencia del informal. Mientras es pequeño industrial, artesano o comerciante, existe ciertamente una lucha individual y egoísta por la supervivencia. Pero si el informal es a la vez un migrante o un poblador marginal, probablemente este involucrado en actividades solidarias que lo ponen en vinculación con su propia familia, con otras familias o con sus coprovincianos. Si es vendedor callejero, no tiene patrón, pero su patrón es el Estado, ante el cual reivindica su derecho a usar la calle para trabajar.

Por eso también son frecuentes los sindicatos de vendedores informales, que repiten la organización sindical tradicional, esta vez para defender su derecho a no ser desplazados o reprimidos. O las organizaciones informales, relativamente discretas, dentro de la informalidad.

Sin embargo, está lejos de existir una vinculación directa entre la vida política organizada y los trabajadores informales. Aparentemente, el área informal no tiene posibilidades de organización autónoma y articulada que le permita influir sobre los políticos para que sus intereses sean tenidos en cuenta, ni tiene un programa que plantear al resto de la sociedad. No tiene líderes o voceros que expongan sus posiciones. Es una masa activa, mayoritaria, pero silenciosa.

Y quizá tampoco lo necesite. Nadie puede negar que, gradualmente, nuestras sociedades se tiñen cada vez más de informalidad, para bien y para mal. La informalidad es un ser expansivo de muchos rostros. Construye ciudades en las áreas marginales o desérticas, transforma las ciudades existentes, abre nuevas modalidades de comercio, cultiva y produce artículos alimenticios a costos y precios que la agricultura formal no podría soportar, hace funcionar la burocracia, crea nuevos servicios, mantiene la esperanza y el espíritu de lucha individual y a veces solidario de las gentes.

Pero también genera métodos de explotación y autoexplotación que se creían superados por el progreso y la legislación social, expande formas de comportamiento individual y social que bordean con el delito o lo usan abiertamente, mantiene y reproduce la pobreza, generaliza el deterioro social.

Como realidad compleja que es, se presta a interpretaciones y juicios valorativos diferentes y contradictorios. Puede gustarnos o no, pero nos rodea por todas partes como un reto diario para que cambiemos, democratizándolo, el conjunto de la sociedad. Porque si la informalidad es la compañera inseparable de la concentración de la riqueza en las viejas y nuevas plutocracias latinoamericanas, y la consecuencia de una forma descentrada y dependiente de nuestras economías, mientras éstos dos últimos elementos existan, la informalidad seguirá existiendo... y creciendo, mal que nos pese.

El reto que la informalidad plantea a los latinoamericanos es múltiple. Obliga a releer y reinterpretar nuestras sociedades usando instrumentos y criterios nuevos. Es un desafío para la investigación y el conocimiento. Y también nos conduce a una reformulación total de nuestra organización social. ☐

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N°90 Julio-Agosto de 1987, ISSN: 0251-3552, <[www.nuso.org](http://www.nuso.org)>.